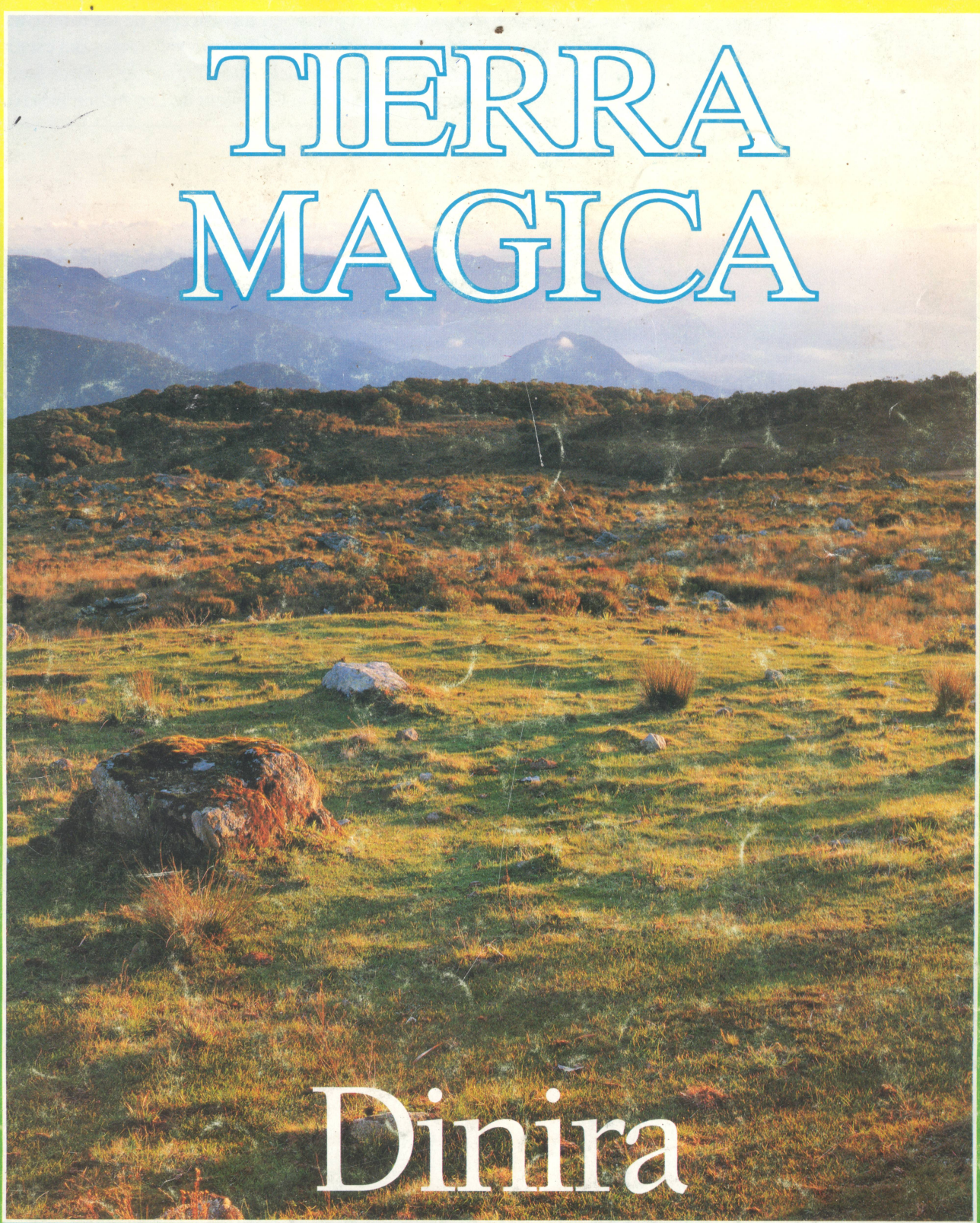


VENEZUELA

TIERRA
MAGICA



Dinira

Parque Nacional
Estado Trujillo

Información General

Ubicación En las Sierras de Barbacoas y Portuguesa, en jurisdicción de los municipios autónomos Morán y Torres, del estado Lara; Boconó y Carache, del estado Trujillo y Monseñor José Vicente Unda, del estado Portuguesa. Estas Sierras pertenecen a las estribaciones Norte de la Cordillera de Los Andes venezolanos.

Superficie 45.328 Hectáreas.

Cómo llegar Desde la ciudad de El Tocuyo, por la carretera (la Troncal 5) que conduce a Humocaró Bajo y Humocaró Alto, donde se toman las siguientes rutas:

a) En su sector Norte a través de una carretera engranzonada que comunica, hacia el Norte, desde Los Humocaros, hasta La Peña, en el estado Lara. Luego se bifurca hacia el Oeste, para ingresar al estado Trujillo pasando por Agua de Obispo, hasta llegar a Carache y hacia el Norte hasta llegar a Barbacoas. Hay otras vías de penetración, pero muy abruptas, por lo que se hace necesario el uso de vehículos de doble tracción y en ciertos casos de animales de carga. Por la carretera Panamericana, a través de una ruta asfaltada, se accede a las poblaciones de La Pastora, El Jabón y San Pedro, hasta llegar a Barbacoas, desde donde se va a Los Humocaros y a Carache por una ruta engranzonada. Una vía que parte de Carache comunica a La Concepción con La Mesa Arriba. Tal vía facilita el acceso al sector noroccidental del Parque y al páramo de Cendé.

b) En su sector central, por el camino de tierra y accidentado que parte desde Humocaró Alto hasta el caserío Buenos Aires, de allí se sube a los páramos Las Rosas, Guache, Jabón y Cendé.

c) Al sector Sur se accede desde la población de Campo Elías, en la carretera Troncal Biscucuy-Boconó, siguiendo el camino que conduce a Guaitó.

Clima y paisaje Continental estacional húmedo y prehúmedo de altura. También clasificado como templado de altura tropical, con presencia de bosques húmedos y nublados montano y montano bajo. La temperatura promedio oscila entre los 22 y los 6 grados centígrados (cumbres parameras). Abril, mayo y junio son los meses más lluviosos. La precipitación pluvial oscila entre los 642 y los 2.100 milímetros anuales. Soplan los alisios del noreste y también el aire continental desde el Sur entre mayo y septiembre.

Sitios de interés A más de las camineras y la ascensión a los páramos Las Rosas, Cendé, Los Nepes, entre otros, el Parque ofrece el goce de sus quebradas, como la de Buenos Aires y Las Minas (sector central) y balnearios muy concurridos como el de la Cascada del Vino, cerca de Barbacoas (sector Norte). Cuevas y grutas se encuentran en el sector de Buenos Aires y en el sector de Barbacoas. Hay áreas de camping en ambos sectores y su permisibilidad está sometida a las disposiciones de Inparques.

Cuidado y vigilancia Inparques dispone de dos puestos de Guardaparques: uno en Buenos Aires y otro en Barbacoas.

El Parque Nacional Dinira fue creado por Decreto N° 2.564 del 30 de noviembre de 1988 el 22 de diciembre de 1988. Abarca una superficie de 45.328 hectáreas, distribuidas así: 21.152 en el estado Lara, 21.824 en el estado Trujillo y 2.352 en el estado Portuguesa. Se encuentra localizado en las Sierras de Barbacoas y Portuguesa, en jurisdicción de los Municipios Autónomos Morán y Torres, del estado Lara; Boconó y Carache, del estado Trujillo y Monseñor José Vicente Unda, del estado Portuguesa. Dichas Sierras forman parte del llamado estribo andino, en el sector más oriental de Los Andes Venezolanos, al noreste de Trujillo y suroeste del estado Lara.

Estas estribaciones andinas se trifurcan en el Páramo de Cendé (3.585 m). Otros páramos compiten en altitud con el Cendé, como Jabón (3.503 m), Nepes Altos (3.113 m), Guache (3.070 m) y Alto La Aguada (2.311 m).

Tales páramos son los únicos del estado Lara, castigado, tantas veces, por la espina y la sed.

Dinira

Parque Nacional
Estado Trujillo

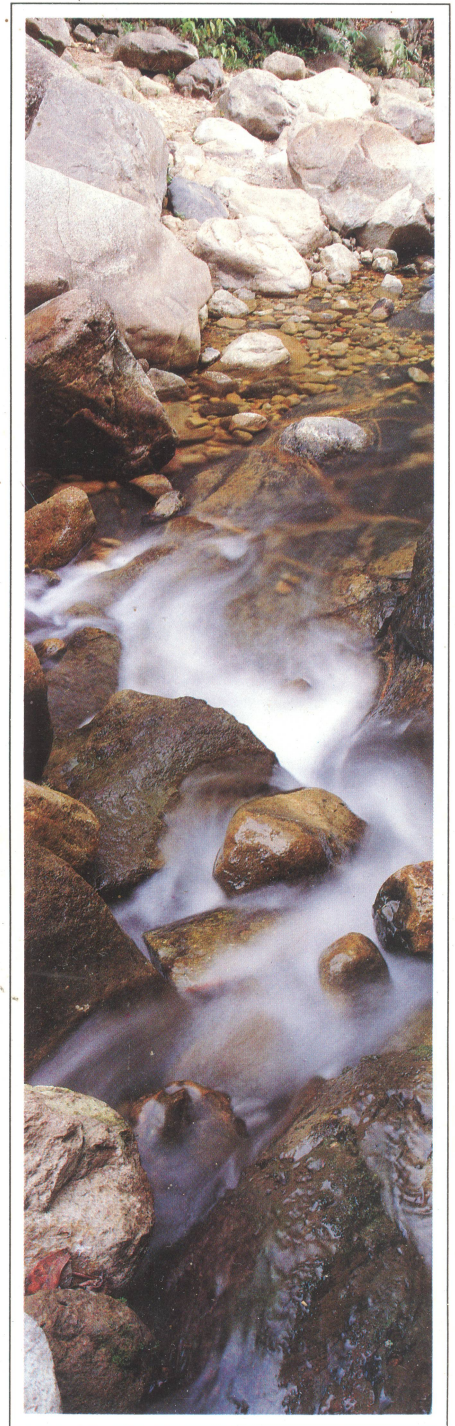
DINIRA, EL AGUA QUE EMANA DEL SENO DE UNA MUJER

El relieve montañoso, en general abrupto, domina estas vastedades, con valles y ensenadas, en cuyas elevaciones y recodos se asientan pueblos, caseríos, aisladas casas de labriegos. Ríos y quebradas bajan de sus cornisas de lajas y rocalla, cuyas edades corresponden a la era terciaria.

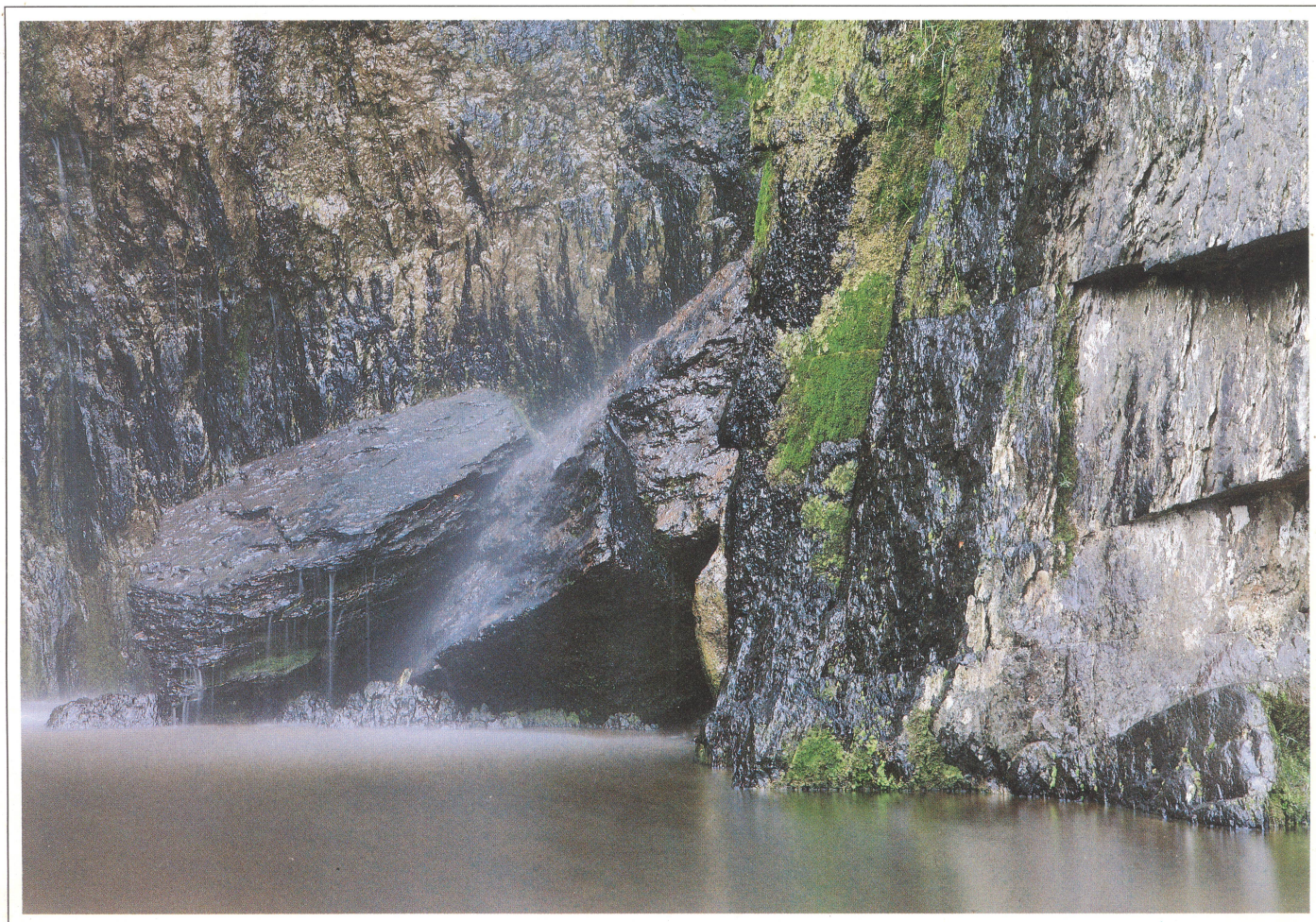
Varias cuevas o espeluncas horadan sus precipicios y laderas rocosas, algunas muy profundas, como las de Las Peonías, en Barbacoas y en El Zumbador, en los Humocaros.



Las poblaciones más importantes que bordean o se encuentran en su geografía se llaman Humocaro Bajo y Humocaro Alto, Barbacoas, Jabón, San Pedro (dentro de los límites del estado Lara); Carache y Guaitó (dentro de los límites del estado Trujillo).



Por su variada altitud y distinta elevación, hace escándalo el agua en los saltos



A más de las del andariego río Tocuyo, otras cuencas de importantes ríos tienen su origen en los Páramos del Parque, como las del río Motatán, el río Boconó, el río Guanare.

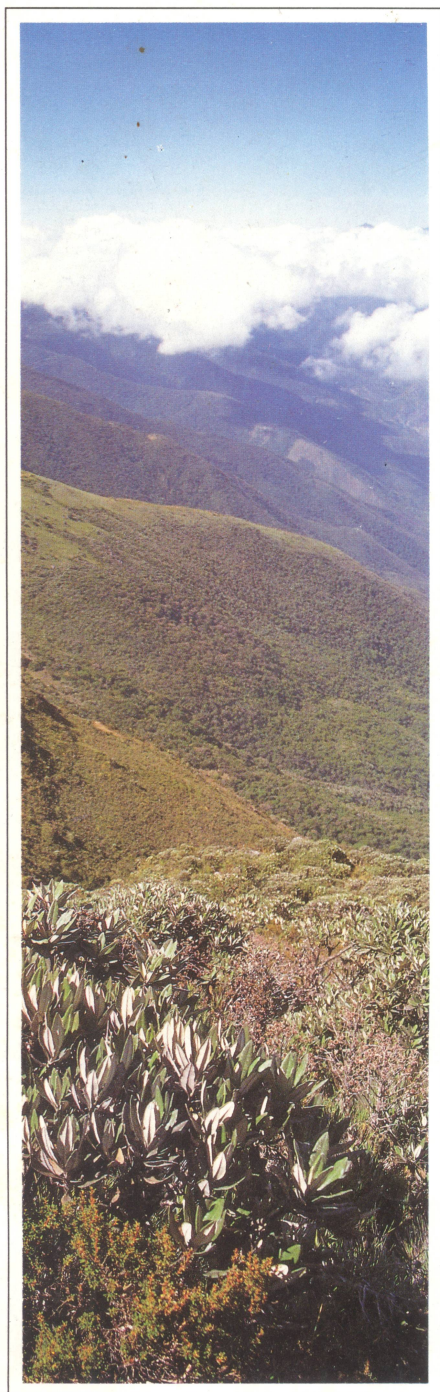
De esos acantilados, precipicios y zanjas rocosas, revestidos de vegetación de bosque, de monte y matorrales de variada altitud y distinta elevación y fronda, hace escándalo el agua en los saltos, en las quebradas, se alborota en los torrentes, murmura en los arroyos, se quieta en las lagunas y pozas, como en el paraje de la Quebrada del Vino, una cascada que se precipita desde 90 metros de altura, localizada en las cercanías del poblado de Barbacoas, o

como en la fascinante laguna de Nunca Jamás, cerca de la población de Hato Arriba. E igualmente, a pocos minutos de Humocaró Alto, camino arriba, donde tiene asiento la casa del guardaparques, transcurren las quebradas Las Minas y Buenos Aires, que da nombre al caserío homónimo de su valle y sus cuevas. Caminatas por los bosques húmedos y nublados, los páramos, excursiones a las cuevas, disfrute del clima fresco y de las aguas de sus bal-

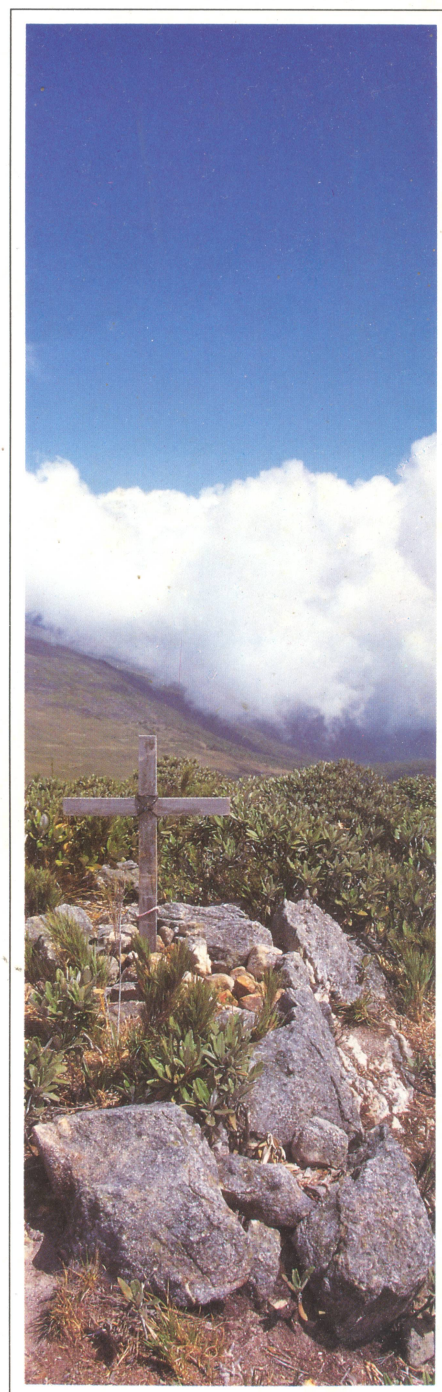
nearios naturales, completan las bondades del Parque Nacional Dinira, casa encumbrada de especies vegetales y de cierta avifauna endémicas, refugio del inencontrable oso frontino y escondite de criaturas menudas, como el cardenalito, el verdín montaño; de rápida fuga, como el venado, el puma, el conejo de monte, la ardilla; de fatal presencia, como la cascabel, la mapanare y de monstruos muy dóciles, como la iguana y el camaleón.

CASCADA DE LA QUEBRADA DEL VINO

Quienes se atreven a traducir la muy muerta lengua de los indios gayones, los pobladores precolombinos de las distintas comarcas de la región que hoy llamamos el estado Lara, aseveran que el nombre Dinira (de raíz arawuaca) significa leche o teta, acaso por el color lechoso de las aguas que remedan el del líquido que supuran las mamas. El nombre, en todo caso, es de suyo, muy femenino.



Dinira, además, pareciera significar menos un lugar que un sentimiento, una posible dignidad sagrada de los desaparecidos pobladores del fresco estribo andino que la división política y territorial de Venezuela sitúa entre los estados Lara, Trujillo y Portuguesa. “Vamos al Dinira, vengo del Dinira”, suelen decir los visitantes o viajeros que frecuentan los caminos y parajes del Parque, como si la voz de los gayones continuara evocando una presencia otra que la de los valles y las montañas que le dan fisonomía. Y bien que su extensión, fijada por el decreto del Ejecutivo que le dio nacimiento, abarca los estados Lara, Trujillo y Portuguesa, se diría que la más asidua frecuentación del Parque ocurre en el área del estado Lara, exactamente en sus flancos de Barbacoas y los Humocaros, sus dos entradas o vías de acceso principales y, además, las dos mejores promesas de ir al encuentro con sus mejores bellezas naturales, la Cascada de la Quebrada del Vino, en el extremo Norte, en el aldeaño de la población de Barbacoas, y las quebradas Las Minas, Buenos Aires, más las caminerías que ascienden al Páramo de Cendé y a las regiones de las cuevas, en el sector central, a escasos minutos de Humocar Alto, por camino tortuoso y rudo. Tal vez semejante privilegio se deba, además, a la ruta que lleva hasta sus flancos por valles y repechos, bordeada de cañaverales, de “esos lagos verdes” que dijera Roberto Montesinos, el perdurable poeta tocuyano.



Aquellos artesanos del hilo y la lana, de la vasija y la talla, el son y el jolgorio

VIAJAR POR UNA GEOGRAFÍA ARDIENTE Y UNA BIOGRAFÍA ANTIGUA,
ES ACERCARSE A LA INTIMIDAD DE DINIRA

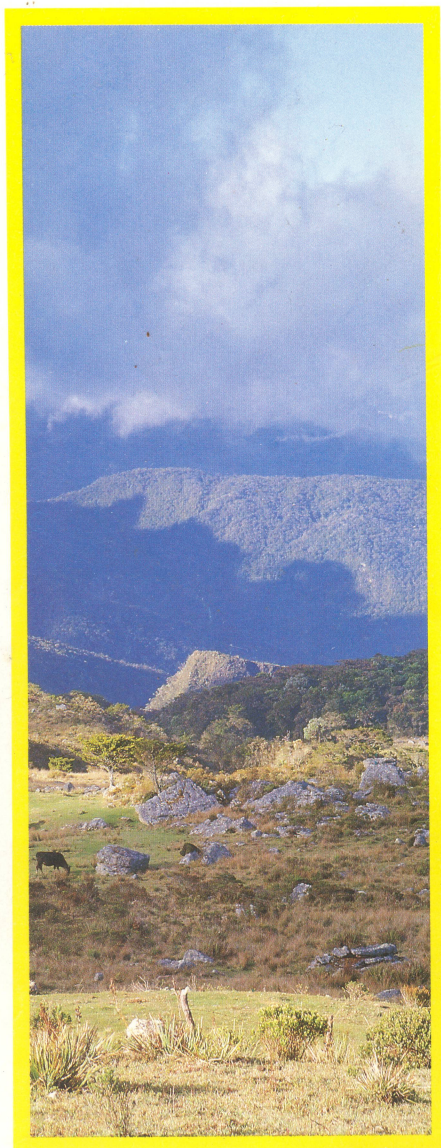


Y bañando la caña y las demás siembras, conjurando la aridez, transcurre, primero entre saltos, cabalgando peñascos y lajas, y luego adormecido en el larguísimo y ardido valle, el río Tocuyo, cuyo nombre arawuaco ofreciera a la añosa ciudad que Juan de Carvajal fundara en el año de 1545 y casi al día siguiente la explotación agrícola de la caña de azúcar que desde entonces prosperaría por toda Venezuela.

Atrás quedaron Barquisimeto y Quíbor, pueblos con no menos achaques de años, cargados de historia vieja, la de la dramática Conquista y la de la tenaz y modernizadora Colonia, en pos del oro y de la hegemonía, cadalso que fuera del rebelde Aguirre, paso del welsler Federman y Hutten, nostalgia de las naciones araguacas, guerreras como la jirajara, enigmática como las que vivían en el otrora desierto quiboreño, quienes comerciaban con el más allá y con las conchas marinas y cuya estatura no sobrepasaba la de un infante.

Las montañas vecinas muestran el verdor azulado de los bosques mojados de rocío y riachuelos

CAMINO A LA FRESCURA Y A LAS AGUAS HELADAS



Aún hoy, aquellos artesanos del hilo y de la lana, de la vasija y la talla, el son y el jolgorio, perpetúan la destreza, la sensibilidad y la fantasía de sus ancestros indios, negros y mestizos que fundaron la región larense bañada por el río Tocuyo. Basta detenerse a la vera del camino, en el poblado de Tintorero, adentrarse en Loma Roja, hacer un alto en Guadalupe, en el museo arqueológico de Quíbor o asistir en El Tocuyo y sus alrededores a las fiestas del golpe tocuayo que celebran a San Antonio para medir el alcance de tal herencia de arte y danza.

Sí, es ese derrotero, por la orilla de ese larguísimo valle de cañaverales, flanqueado de serranías secas y espinosas, por donde seeste el río después que la represa cercana a la ciudad refrenara su curso, el que suele emprender el visitante y el viajero del

Parque Nacional Dinira cada vez que quiere acercarse a su intimidad. Viaje por una geografía ardiente y una biografía antigua que el camino conduce hasta los Humocaros mientras el río hace bulla sobre su lecho pedregoso y estrecho, recién venido de las vegas de uno a otro lado de las gargantas de las montañas vecinas que ya muestran el verdor azulado de los bosques y la vegetación mojada de rocío y riachuelos.

Primero, se asoma al camino Humocaró Bajo, a la sombra del gran peñasco que le sirve de adorno. En una de sus calles, la que lleva el nombre del fundador del pueblo, Francisco de la Hoz Berrios, una casa de tapia, ladrillo, teja y ventanales guarda la memoria de la región. Es el "Museo de las tradiciones Emilia Rosa de Gil".

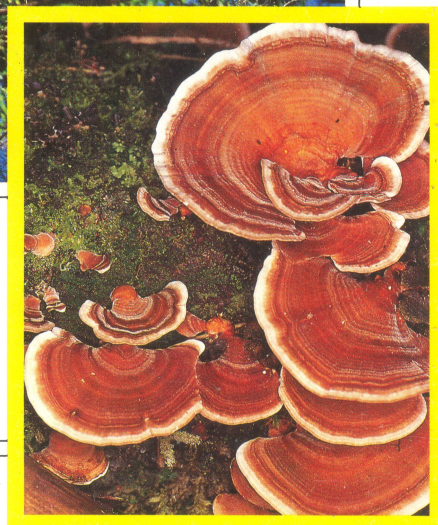


Rutas que prometen el encuentro con la niebla, el aire dulce y fresco

Todo el Dinira y sus aledaños, esto es, el Parque y sus poblados, su geografía y vecindarios limítrofes, se atesora en los cuartos y en los patios: azadones, arados, yuntas, tinajas, ídolos, enseres de distintas edades y santos, altares, adornos de iglesia, colman los rincones. Fueron rescatados de su ruina y de su olvido por un cura del lugar, Antonio Zacarías Colmenarez, de imborrable memoria.

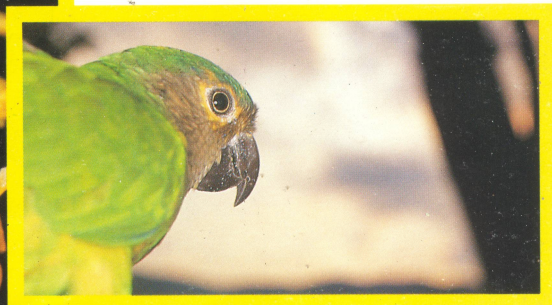
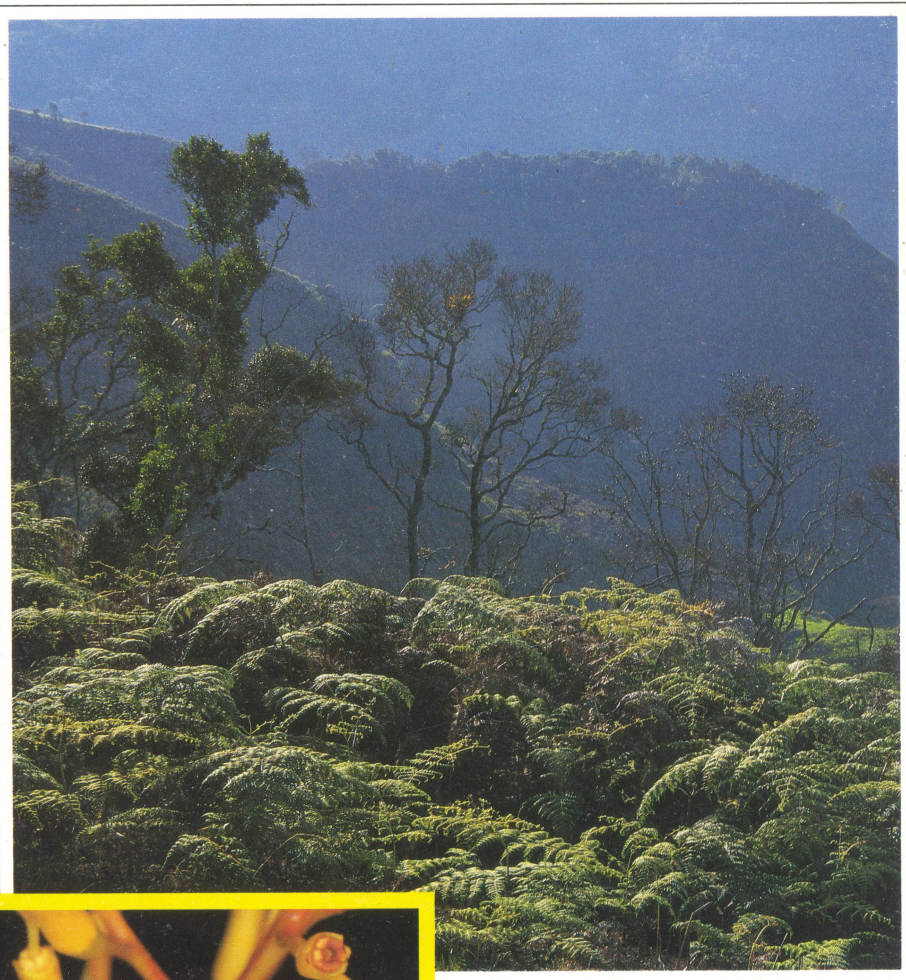
Humocar Alto, por su parte, dista a pocos minutos de su tocayo en nombre y en situación, siempre en los flancos del estribo andino, pero en sus faldas, donde el calor larense apenas amaina, próximo a las haciendas de caña y ganado. En ambos Humocaros habitan pintores ingenuos, como el viejo Lucena o el celebrado Alirio Bracamonte y finísimos artesanos, como doña Solita de Pérez o la tejedora de sombreros María Tovar.

A la salida de los Humocaros dos rutas prometen el encuentro con la niebla, el aire dulce y fresco y las aguas blancas y heladas. Sigamos primero la que abandona a Humocar Alto y atraviesa sus últimos barrios cambiando el asfalto por el polvo o el barro, según los caprichos de las estaciones. Mientras se aleja del pueblo se adelgaza, se tuerce y salta, se hace áspero. Pronto se encarama a los altosanos de las serranías y la brisa de las estribaciones andinas espanta el sudoroso sol de abajo o suaviza su ardor. A los lados del camino, al fondo de las serranías, donde corre el agua de las quebradas, en lo alto de las cumbres, donde se aglomeran las nubes, se esparcen las casas de los labriegos o se juntan entre sí formando caseríos.



LAS ESTRIBACIONES ANDINAS ESPANTAN EL SUDOROSO SOL

La edad de la tierra muestra sus cornisas, sus zócalos y el agua de las quebradas forma alharaca, irrumpe a una vuelta del camino que se abre paso entre las siembras de hortalizas. A la altura del caserío de Buenos Aires un bosque oscuro oculta casi el trayecto. Para el visitante europeo o familiarizado con las especies vegetales exóticas la presencia de estos cipreses y fresnos en medio del paisaje venezolano lo harían suspirar por las florestas y jardines del Viejo Mundo. ¿Qué hacen aquí en las estribaciones de nuestros Andes? Décadas atrás, en los años 60, el Ministerio de Agricultura y Cría quiso resguardar las altas cuencas del río Tocuyo y resolvió plantar en las orillas de sus quebradas los frondosos y corpulentos cipreses y fresnos que hacen compañía a los eucaliptos y a los pinos. Los bosques exóticos conviven con los autóctonos en las inmediaciones de la casa del guardaparques del Dinira.



Se aglomeran las nubes y se esparcen las casas de los labriegos

UN BOSQUE OSCURO OCULTA CASI EL TRAYECTO

Un sendero se desliza bajo la penumbra y entre la hojarasca y no tarda mucho en perderse cuando enfila hacia las cumbres del Páramo Cendé, pasando por el sitio llamado El Almorzadero.



Los excursionistas con experiencia y juventud tardan alrededor de cinco horas para llegar, teniendo por Norte el páramo o Fila Las Rosas, al Almorzadero, y otras cinco más para llegar a la casa de Roque, un campesino solitario del valle frío que se tiende frente a la cumbre de El Cendé. Como no hay caminerías el ascenso a la cumbre desde el caserío de Buenos Aires es dificultoso y lo es aún más a causa de la niebla continua que sepulta la vegetación paramera.

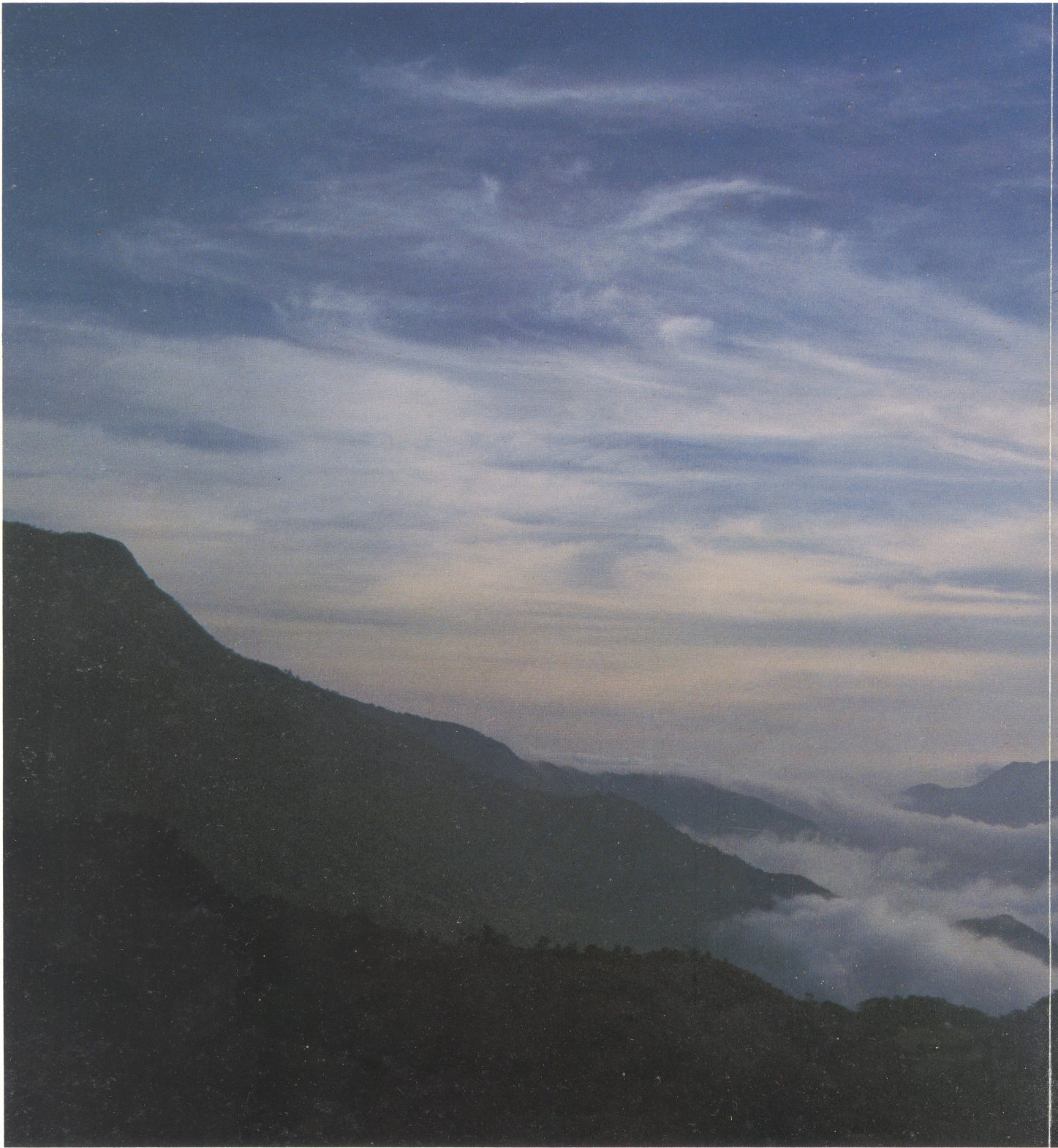
Resulta fácil perderse, por lo que es indispensable hacerse acompañar por el guardaparques o por un baquiano. Lugares pantanosos, surcados de bucos y riachuelos, llevan a las cuevas Las Arañas, El Altar, La Gruta, La Chorrera. Sobre el valle alto y frío (se halla a unos 3.000 metros de altitud) que se tiende a la sombra del Cendé corre una manada de caballos salvajes. Ciertas especies de frailejón y de bromelias crecen en estas alturas, algunas de las cuales son endémicas

del Parque, así como algunas especies de avifauna.

En las zonas boscosas se conocen cinco especies de árboles endémicos, como el *Eupatorium larensis* y en la zona de los páramos cuatro especies de *espeletias* (o frailejones) también endémicas, entre las que hay que mencionar a la *Diocodendron diciaum* y a la *Miconia larensis*. Destaca un frailejón arbóreo, conocido comúnmente como el incienso.

El paisaje venezolano suspira por la floresta y jardines

LOS RUMORES Y LAS VOCES



Los bosques exóticos conv

QUE VIVEN EN EL PARQUE



viven con los autóctonos

EL AIRE Y LAS FRONDAS RECIBEN LA VISITA DE LAS AVES

Vastedad boscosa, el Parque Nacional Dinira oscurece sus alturas nubladas y frías, sus pendientes y faldas, sus zanjas y gargantas, sus mesetas y orillas de quebradas y arroyos con una incontable variedad de árboles. Mencionemos la cobalonga, el cucharo, el mijao, el jobo, la cañallota, el azahar montañero, el yagrumo, el tacamahaco, el nogal de Barquisimeto, los araguaneyes y los laureles de la familia de las Lauráceas, además de los arbustos, las trepadoras, las epífitas, los helechos, las palmas. Se ocultan de nosotros el oso frontino, el tigre o jaguar americano, el conejo de monte, el venado matacán y el caramerudo y huyen si los sorprendemos la comadreja, el picure, la ardilla. Nos miran desconcertados el mono araguato, merodea distraído el cachicamo o despreocupados como el oso melero y sobre todo el puerco espín y el mapurite. El aire y las frondas reciben la visita de las aves. Se han identificado dos especies endémicas. La belleza alada se llama el cardenalito, el capanegra o chirulí, el paují copete de piedra, el perico ojo blanco, la gallina azul, el verdín montañero, el tucusito cola de hoja, la tortolita grisácea, el moriche blanco. El susto se llama la guacharaca y lechuza orejuda. La muerte se llama la cascabel, la mapanare. Y los monstruos pacíficos son la iguana y el camaleón.



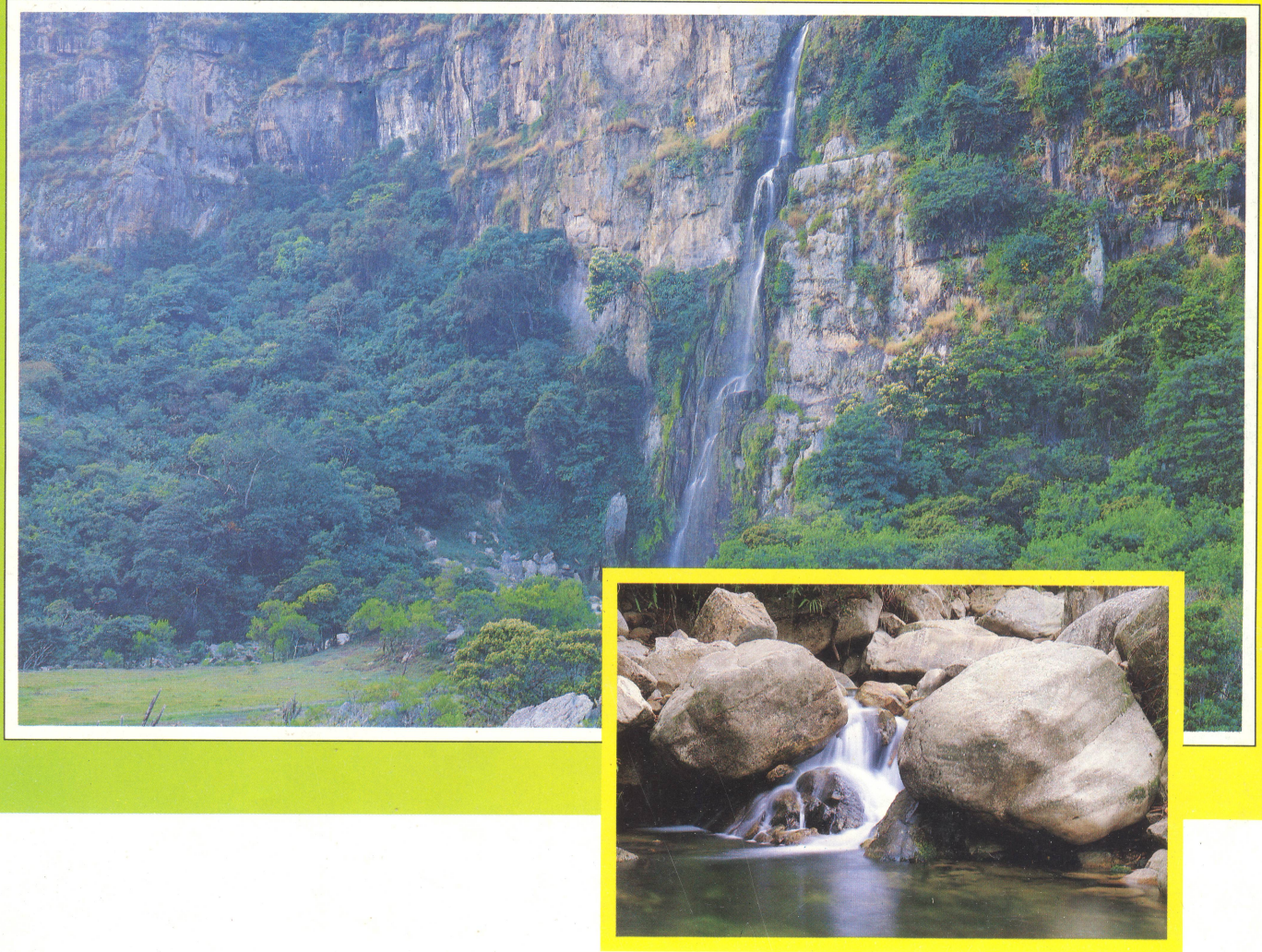
La niebla continua sepulta la vegetación paramera

LOS POBLADORES BUSCAN EL MILAGROSO DÍCTAMO REAL, SUERTE DE PANACEA PARA EL DESFALLECIMIENTO AMOROSO

En Buenos Aires los campesinos labran los valles y las pendientes, cultivan la hortaliza, pastorean el ganado de leche y siembran el grano. Pero sus manos también son diestras en el tejido de la cesta, como las de Manuel "Chácara" Vargas en la fabricación de trompos, como las del señor Tomás y su señora en la preparación de dulcerías. Otras son duchas en la rasgueo de la guitarra

y el cuatro y en su fabricación. Con ocasión de alguna fiesta los alegra el golpe tocuyano. Un maestro y poeta, Douglas Chourio enseña a leer, escribir y dibujar a los hijos de Buenos Aires. En el caserío habitan 62 personas, de las cuales 40 son niños, asegura un campesino. Patriarcas hay, como el abuelo Antonio Hernández, oriundo de La Faltriguera, unas sierras más

allá. Una vez, en Veravira, que es montaña empinada y brumosa, se encontró con una caverna. En su interior los indios que moraban en esos silencios dejaron restos de vasijas y otros enseres. Ha visto crecer su pueblo de hijos, nietos, bisnietos y los cipreses que ayudó a plantar a la vera de las quebradas vecinas en los años 60.



Lugares pantanosos, surcados de bucos y riachuelos, llevan a las cuevas

LOS RÍOS COMIENZAN EN EL DINIRA

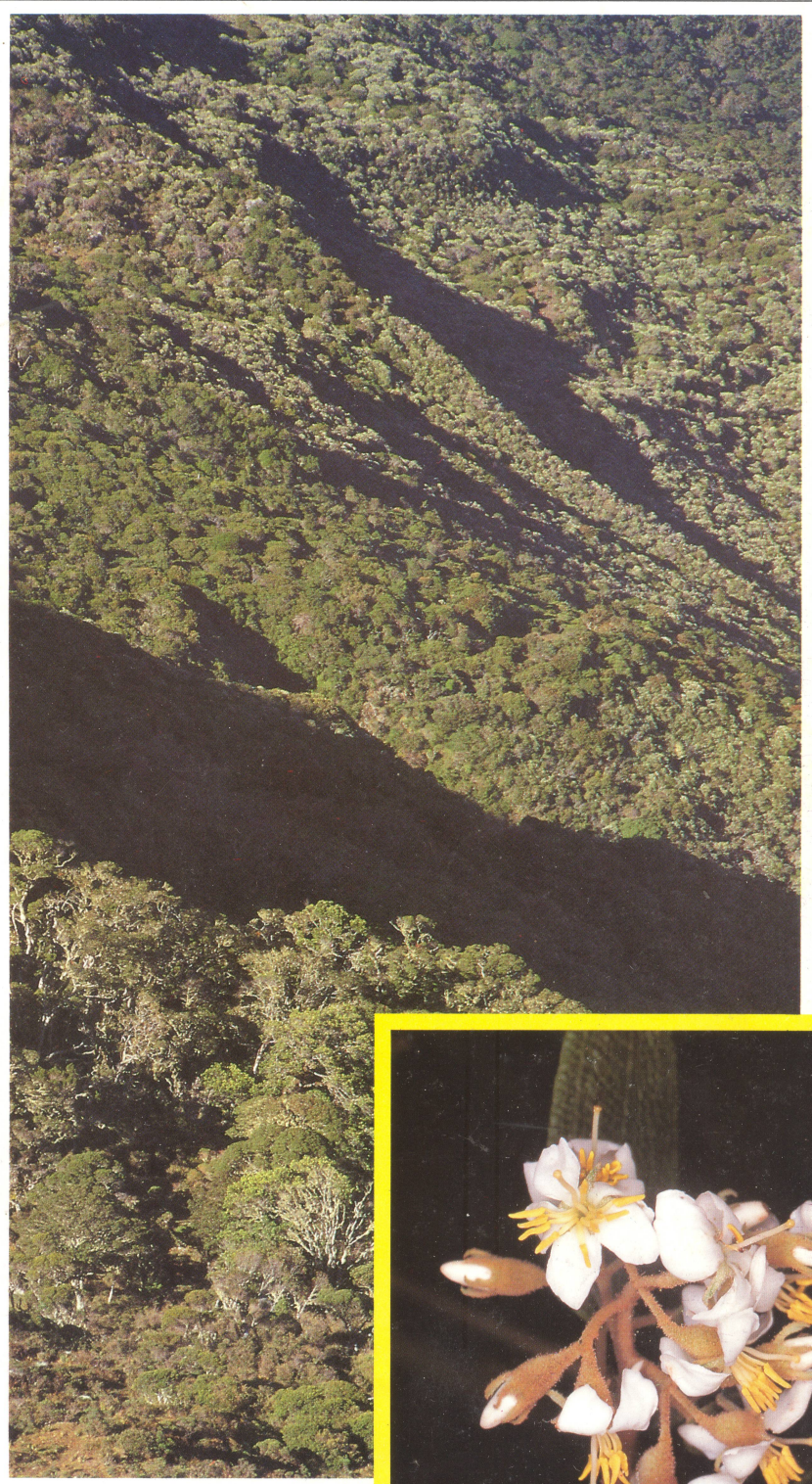
Cuando llega julio y agosto los poblanos y los vecinos suben a El Potrero, en el Páramo de Jabón, a buscar el milagroso dicitamo real, suerte de panacea para todos los males, en especial para el desfallecimiento amoroso.



Inmensidad de bosques y montañas, sierras y distancias

SENO DE MUJER QUE MANA AGUABLANCA

Inmensidad de bosques y montañas, sierras y distancias, el Parque Nacional Dinira es, igualmente, origen del agua, "seno de mujer que mana agua blanca", como reza el sepultado idioma de los gayones. Inparques ha divulgado la estructura de su red de drenajes. De sus cumbres parameras provienen los cursos de agua que alimentan las hoyas hidrográficas del Mar Caribe, el Orinoco y el Lago de Maracaibo. En dichas soledades se hallan las cuencas altas del río Tocuyo, el Motatán, el Boconó, el Guanare. Ríos de variado curso tienen por destino final el Orinoco, como el Chabasquén y el Boconó, que andan dentro del Portuguesa, al cual se rinden, antes de que éste se le entregue al padre de nuestros ríos; o el lago de Maracaibo, como el Motatán y Carache o los valles marítimos, como el río Tocuyo, el gran viajero, que avena en el mar Caribe. Su cuenca es la más vasta: la forman el Tocuyo, el Morere y el Curarigua. Recibe las aguas del río La Palma y las quebradas El Muerto, el Pailón, Mancharopa, La Esperanza, La Meseta, Aranda, Quebrada Las Porras, que se nutre de las quebradas Lejías, Seca, Los Letreros y Esteban. La quebrada Bobadilla, por su parte, recibe el tributo de las quebradas Las Minas, Buenos Aires, Las Virtudes y Los Aposentos. Tal es la vida del río de la Muy Leal Ciudad de Nuestra Señora de la Pura y Limpia Concepción de El Tocuyo, de cuya anciana dignidad quedan apenas algunos muros de convento y de iglesias después de ser arrasada, no tanto por el terremoto de 1950, como por la mano del hombre.



El encuentro con la cascada de la quebrada del vino

LA LAGUNA DE NUNCA JAMÁS SE DESBORDA



Emprendamos ahora el camino al Parque siguiendo la ruta que promete el encuentro con la Cascada de la Quebrada del Vino, a la que acuden multitudes de bañistas en temporadas de asueto. Si subimos desde la encrucijada de los Humocaros hacia Barbacoas, a los pocos minutos habrán de alzarse los farallones o pilares de las estribaciones andinas, con sus casas embalconadas en lo más alto, con sus caseríos dispersos y las nubes que ocultan sus lejanías. En un recodo, donde asoma el caserío La Peña, una carretera abrupta se adentra hacia los bosques nublados y llega a Carache, el largo poblado trujillano. Pero si proseguimos, si dejamos ese viaje a los bosques nublados y a Carache, no tardarán mucho en aparecer las casas de Hato Arriba, sus fundos y sembradíos. En la estación lluviosa la cercana Laguna de Nunca

Jamás se desborda y crea la caída de agua de Las Chorreras. Las serranías cubiertas de vegetación ceden a las muy ocre y casi desnudas. La piedra persiste. La piedra y la erosión. Pero no por mucho tiempo. El árbol hirtusto de las arideces convive con el frondoso de las humedades. Dentro de poco las aguas de una quebrada se atravesará en el camino. Las lajas simulan la corriente petrificada de un ancho torrente. Después de detenerse en pozas y remansos se precipita desde 90 metros de altura y forma la impresionante Cascada del Vino, el balneario del que hablábamos unas líneas más atrás. Dispone de varios servicios: quioscos y áreas de creación. No muy distante, a medio andar hasta el pueblo de Barbacoas, una pancarta anuncia el sendero que conduce a la cueva Las Peonías.



Las lajas simulan la corriente petrificada de un ancho torrente

EL VERDE DE LAS SIEMBRAS SE REFLEJA EN LAS LAGUNAS

El aledaño de Barbacoas es feraz: el verde de las siembras se refleja en sus lagunas, el ganado muerde una hierba abundante. El pueblo ha conservado sus esquinas y sus casas de tapia, teja y ventana, su iglesia, de curiosa arquitectura, su breve plaza y la figura de un león de cuyas fauces manaba agua. Una carretera de tierra asciende hasta la Aguada de Arenales, donde pace el ganado de altura y crece orgulloso el frailejón. Un sendero bordea los abismos, mira las espaldas de los páramos y se tuerce, mientras lento desciende a San Pedro y Jabón. Es un sendero antiguo, transitado por los poblanos y los excursionistas.

Desde la carretera de la Aguada de Arenales se divisan los páramos Los Nepes y los Nepecitos. A los montañistas les gusta desandar sus alturas. Más allá de Barbacoas, en las afueras del Parque, otro camino de tierra muestra un paisaje de 120 millones de años: las edades geológicas pueden leerse en sus fósiles marinos que afloran entre los barrancos y en las quebradas. Cerca, una caverna guarda la huella de los habitantes precolombinos de la región, quienes trazaron dibujos y pinturas en sus oscuridades, la mayoría víctimas del pillaje o de la destrucción.



Otro camino muestra un paisaje de 120 millones de años

EL CAMINO NO CONCLUYE, NI NUNCA DICE ADIÓS AL PARQUE

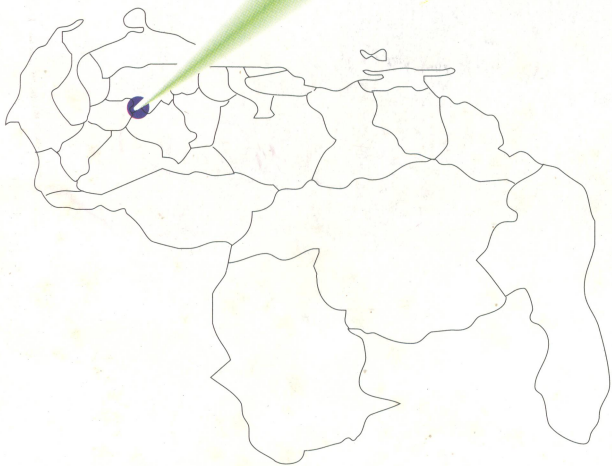


San Pedro y Jabón nos esperan más al fondo. Su fresco temperamento atrae a los vacacionistas y temporadistas que aman el sosiego y el aire frío de sus atardeceres y sus noches. En ambos pueblos se cultivan la hortaliza, el café y la jardinería. El camino concluye en el desmesurado valle de Sicarigua, un

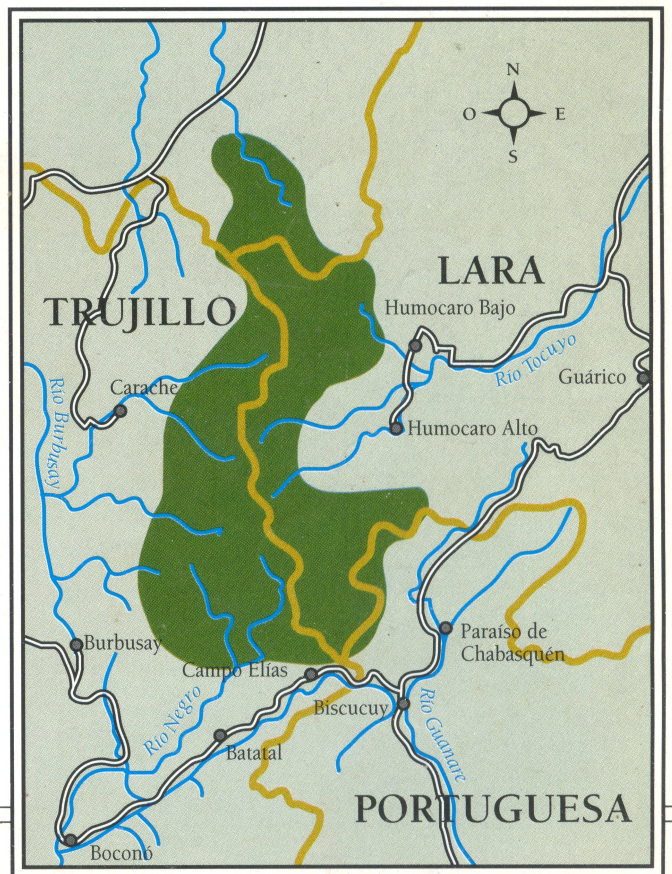
mar de cañaverales y haciendas de ganadería, tan extensas como Montevideo y la propia Sicarigua. Pero en verdad el camino no concluye, ni nunca dice adiós al Parque: es también otra de sus entradas principales a sus límites de Barbacoas. Desde el valle, y ya abrasados por el soleado calor larense, contemplamos

las estribaciones de Los Andes adornadas de nubes y truenos. Arriba, más arriba, oculto por el infinito, El Parque Nacional Dinira hincha los senos de sus páramos para que mane en abundancia la leche de sus ríos y se alimente con ella nuestra tierra venezolana.

Arriba, más arriba, oculto en el infinito, el Parque Nacional Dinira



Mapa
de Carreteras



VENEZUELA
TIERRA MAGICA

Parque Nacional
DINIRA

Editado por
la Gerencia General
de Asuntos Públicos
de Corpoven, S.A.
Filial de Petróleos
de Venezuela, S.A.

Gerente general:
Domingo Marsicobetre
Subgerente:
Antonio Márquez
Coordinación:
Eneida García

Textos:
Luis Alberto Crespo

Fotografías:
José Voglar

Asesoramiento
científico:
Biólogo
Jesús Hoyos F.

Investigación:
Fundación
Parques Nacionales

Asesoría:
Dirección de Parques
Nacionales/Inparques

Diseño Gráfico:
Freddy Castrillo
Diseño Electrónico
BR1 Gráfica, C.A.
Producción
e impresión:
Editorial Binev, C.A.

ISBN-980-259-767-8
La reproducción
total o parcial
de la presente
publicación deberá
ser autorizada por
Corpoven, S.A.

Distribución gratuita

